

# Biblioteca-Films

N.º  
218 Caballos y Caballeros 25  
CTP.



BROWN, Harry Joe

**BIBLIOTECA FILMS**  
"TÍTULO DE LA SUPREMACÍA"

Redacción, Administración y Talleres:

**Calle Valencia, 234 - Apartado 707**

Centro de Reparto de Suscripciones: Barbará, 15

**B A R C E L O N A**

AÑO V APARECE LOS MARTES

Núm. 218

REVISADA POR LA PREVIA CENSURA

***Caballos y Caballeros***

(KENTUCKY HANDICAP, 1926)

Adaptación en forma de novela de la  
película del mismo título, creación de

**REED HOWES**

***Exclusivas Procine, S. A.***

Calle Clarís, 71 - BARCELONA

REPARTO

César Sanderson . . . . . **REED HOWES**  
Isabel Matthews . . . . . **Claire Astur**

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

CLARÍS

ACTUOS

7000

Howes

## PRIMERA PARTE

La población de Kentucky, es el lugar de las mujeres hermosas y de los caballos veloces y donde, el deporte de los reyes, es el rey de los deportes.

No hay ciudadano, hombre o mujer, que no sienta la afición a las carreras de caballos. En la época en que tienen éstas lugar, el inmenso hipódromo, situado fuera de la población, se siente invadido por una inmensa muchedumbre, ávida de presenciar los incidentes de aquellas luchas y para apostar hasta lo que no tiene.

Esto no quiere decir que en Kentucky sea este el único deporte que existe y prueba de ello lo es el que, a pesar de ser la época de las carreras, encontramos a varios individuos jugándose a los dados cuanto llevan encima, incluso la ropa.

Uno de estos jugadores era el criado de

César Sanderson, que aquél día estrenaba un magnífico traje, pero la fortuna le era adversa y después de perder por centésima vez, le dijo otro de los jugadores:

—¡Hoy estás de malas! ¡No aciertas ni una! Ahora que te habías puesto hecho un señorito te voy a dejar hasta sin ropa.

—No me importa, mi amo me dará otro traje, y además que espero que cambie mi suerte—respondió el que llevaba la contraria.

Siguieron jugando y la mala racha continuó soplando del mismo lado. El que perdía empezó a jugar de “boquilla”, hasta que el otro le dijo:

—Si quieres seguir jugando, saca dinero. Yo no me fío de las deudas del juego, luego se olvidan y es peor.

—Está bien, me juego la americana—exclamó el otro. —¿La aceptas?

Quedó aceptada y también perdió. Desposeído de una prenda ya no tuvo inconveniente en ir apostando todas las demás y quedó el pobre hasta sin pantalones.

Poco después apareció César Sanderson; era un muchacho fuerte y simpático, en cuyo rostro aniñado a pesar de ser un hombre hecho y derecho, se reflejaba toda la nobleza de sus sentimientos y la rectitud de su carácter. Al ver a su criado en aquel lamentable estado, se acercó a él y le preguntó sonriendo:

—¿Te han atracado los ladrones?

—No, señor—repuso éste, bajando la cabeza avergonzado—. He jugado a los dados y...

—Y no has “dado” una—le atajó su amo.

—Así ha sido—suspiró el criado.

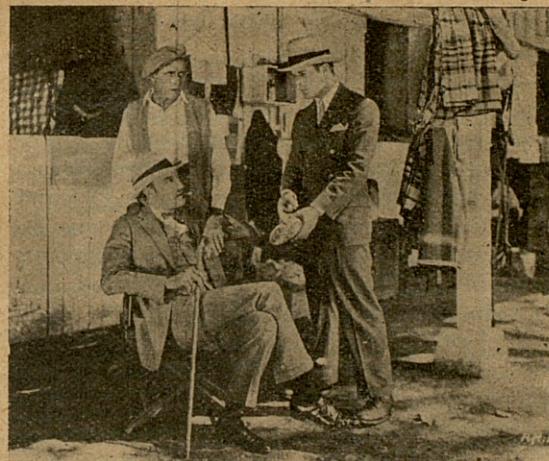
—No te apures, hombre, cosa más grandes suceden y se arreglan, aunque verdaderamente llevamos una temporadita que la suerte nos ha vuelto la espalda de una forma tan grosera, que no parece sino que no quiere trato con nosotros... ¡Y cuando las cosas se ponen mal, es difícil remediarlas!

Se hallaban en el hipódromo. Algo más separados de ellos, otros cuantos hombres formaban un grupo aparte, y uno de estos, le decía a otro que estaba a su lado.

—Ahí viene César Sanderson con el tipo que tiene ahora de criado.

—¡Digno escudero de tal amo!—exclamó Eduardo Harkens, uno de los enemigos más grandes de César, que lo odiaba a muerte, porque él, con todo *sí* dinero, no podía adquirir las cosas que Sanderson poseía desde la cuna, tales como una elevada posición social, tradicional en la familia, cuyo apellido se conservaba limpio de toda mancha.

Sin embargo, y a pesar de su exclamación, cuando César llegó hasta donde estaban ellos, se adelantó hacia él y ofreciéndole la mano le dijo:



—¿Qué está usted muy animado para ganar mañana?

—¡Hola, Sanderson!... ¿Qué está usted muy animado para ganar mañana?

—Claro que ganaré, si la suerte me acompaña! ¿Y usted no piensa ganar?

—Yo no, porque no corro.

—¿Y a qué se debe esa determinación, si puede saberse?

—Muy sencilla. Han mediado una serie de circunstancias, que me han obligado a desistir de la carrera... Pero, según me han dicho, su suerte no le es muy favorable desde hace

tiempo... ¿A qué es debido que haya usted perdido la última carrera?

—Una porción de circunstancias adversas... El caballo que presentó Saratoja, era mejor que el que yo presenté en la última carrera... Mi jockey se puso malo en Pimlico... llovió torrencialmente en Nueva Orleans, antes de empezar la carrera... Total, que estamos a fines de temporada y no hemos ganado ni una sola vez... ¡Ya ve usted cuál ha sido nuestra suerte hasta ahora!

Y el pobre muchacho, amargado por tantas contrariedades, continuó su camino sin detenerse más.

Harkness, volvió nuevamente hacia el grupo donde estaban sus amigos y exclamó en tono amenazador:

—¡Hasta ahora hemos tenido a raya a ese muñeco y mañana tampoco ganará!

—No se preocupe—contestó uno a quien todos conocían por el nombre de "Malas artes"—. Yo ya lo tengo todo arreglado para que así suceda.

Ajena a los descalabros que le iban sucediendo a su hijo, su madre vivía confiada, dulcemente engañada por él, de que la fortuna le era propicia. Sin embargo, el romanticismo y las glorias del viejo Sur era el único patrimonio de los Sanderson, y a fe, que era casi lo único que les iba quedando, pues su fortuna, que tocaba a su fin, llegaría a

el, si César perdía la carrera que se preparaba para el día siguiente.

La señora Sanderson no se daba cuenta de todas estas sombras que la iban envolviendo porque el cariño de su hijo la cegaba, más aun, de lo que la había cegado la Providencia, puesto que sus ojos habían perdido toda su luz.

Isabel Matthews, una linda joven, que casi se había criado con ella desde pequeñita, por falta de madre, era para "Mamá Sanderson", como la llamaba todo el mundo, como una hija y César la quería también... no precisamente como a una hermana, sino de muy distinto modo, aunque no por eso su cariño era menor, sino todo lo contrario.

La buena señora, acababa de recibir una carta de su hijo y a duras penas pudo ir deletreando, dificultosamente por su escasez de vista:

“Querida mamá. Hemos tenido una gran temporada. Pronto estaré a tu lado. El doctor Ware dice que curarás de la vista, si se acude pronto a poner el remedio, así es que irás a Atlanta en cuanto llegué yo ahí.

Tu hijo, que te adora

César.”

—¡Qué feliz soy sabiendo que mi César está contento — exclamó la buena anciana;

pero Isabel no la escuchaba, porque ella a su vez estaba también leyendo una carta de César, cuyo contenido era bien distinto del de la de su madre y que decía:

“Adorada Isabel. No puedo decir la verdad a mamá, pero a ti sí. Hemos perdido en en todas partes y si perdemos también mañana ya no habrá remedio para nosotros.

No te apartes de mamá, no la abandones y reza porque ganemos.

Tuyo siempre

César”.

La señora Sanderson, adivinó más que vió la carta que estaba leyendo Isabel y le preguntó:

—¿Qué es eso, otra carta?

La joven cogida de improviso se aturdió en un principio, pero luego recobró la calma y haciendo un esfuerzo por sonreir, respondió:

—Sí, es otra carta de César, en la que me da cuenta de todas sus victorias.

La anciana atribuyó el aturdimiento de la joven al ver que había sido descubierto su amor por César y exclamó bondadosamente:

—Supongo que tantas victorias tendrán como final el que César y tú me déis al fin el buen día que espero?

La joven bajó la cabeza avergonzada y se

abrazó a la anciana, más para ocultar sus lágrimas, que para impedir que viese el rubor que subió a sus mejillas.

Y llegó el día siguiente, como llegó la hora de la carrera, en la que César Sanderson se jugaba su última carta con su caballo “Kentucky Boy”.

Desde el primer momento observó en él una cosa rara que le hizo exclamar:

—Yo no sé lo que le pasa hoy a este caballo, parece que está muy nervioso.

—No es nada—respondió su criado—. Ya sabe usted que “Boy” es un animal que presiente la lucha y antes de comenzarla, siempre le pasa lo mismo.

—Es verdad, pero, sin embargo, nunca lo he visto como hoy.

El alta voz del juez de pista puso fin a la conversación de amo y criado y en todo el hipódromo se oyó la orden de éste diciendo:

—¡Señores, va a dar comienzo la carrera en la que se disputarán los corredores el gran premio! ¡Estén ustedes preparados para la salida!

Sanderson se abrazó a su caballo y acariciándolo, visiblemente emocionado, le dijo, como si el noble bruto pudiera comprenderlo.

—No me dejarás mal, ¿verdad?... ¡Haz cuánto puedas por ganar, “Boy”!...

Y momento después salían los corredores

de la meta de salida como verdaderas exhalaciones en pos del gran premio.

"Boy" seguía siendo el caballo de siempre. No permitía que ningún otro se le antepusiera y pronto no se oyó en el hipódromo otra voz que la de que "Boy" ganaba la carrera. En efecto, la ventaja que llevaba a todos los demás era considerable. Cada arrancada suya era casi medio cuerpo de caballo que aventajaba a sus rivales y éstos iban quedándose atrás, sin fuerzas para sostener una carrera con aquel animal que parecía que más que patas tenía alas.

Cuando ya estaba casi cerca de la meta, su velocidad fué disminuyendo considerablemente y los corredores le iban pasando, sin que el animal, por más esfuerzos que hacía pudiera adelantar un paso. César se tiró del caballo, extrañado por aquel suceso y pudo comprobar que el animal tenía una de las manos encogidas.

Cojeando aparatosamente, lo sacó de la pista y lo condujo a donde se hallaba el veterinario del hipódromo, que le pregunto:

—¿Se ha caído este caballo?

—No, señor—respondió César—. Yo no sé lo que le pasó de pronto. Parecía como si le faltara el aliento...

El veterinario lo reconoció detenidamente y después exclamó:

—¡Pobre animal!... Tiene lesionado un

tendón. Necesitará varias semanas para curar... si es que cura.

"Malas artes" había cumplido su palabra de inutilizar el caballo de César. Durante la noche anterior había penetrado en el hipódromo y de un fuerte golpe con un madero lo había dejado inútil para la carrera.

Satisfecho de su acción, puesto que él era quien había ordenado aquella injusticia, Eduardo Harkness, acudió a donde estaba César y al oír lo que le decía el veterinario, le dijo:

—¿Supongo que ahora no querrá quedarse usted con este animal, sino que pretenderá venderlo?

—¡Venderlo!... ¡Nunca, mientras tenga una cuadra donde guardarlo!

Harkness no se había contentado con esto solamente, sino que quería a toda costa conseguir de que César fuese descalificado para las sucesivas carreras y para ello dejó correr la noticia entre los que habían jugado a favor de "Boy", de que César había perdido premeditadamente.

La indignación de esta parte del público llegó a tal extremo que el juez de pista se vió en la necesidad de ir a buscar a César y le preguntó socarronamente:

—Y de esto, ¿qué opina usted?

—La verdad, no sé qué opinar de esto— repuso Sanderson.

La contestación de Sanderson no debió satisfacer mucho al juez, puesto que respondió:

—Parece mentira, que un caballero de Kentucky haga fracasar una carrera. Eso constituye una desgracia que afecta a todo el Estado, y suponiendo que el daño vaya sólo contra un pobre caballo, puede calificarse de un delito de lesa humanidad.

—Pero si yo le prometo que soy el más sorprendido de lo que le ha ocurrido a mi caballo — exclamó Sanderson, rechazando energicamente la acusación que sobre él quería hacer recaer el juez, quien le atajo, diciéndole:

—Es inútil que pretenda usted despistar, amigo mío. Le hemos adivinado el juego, y desde ahora queda usted descalificado para tomar parte en ninguna otra carrera.

Nunca pudo César creer que su mala suerte pudiese llegar hasta aquel extremo y enfermo a causa de la derrota y de los disgustos que ésta llevó aparejados; sin fortuna y sin ánimos para seguir adelante, regresó a su casa, decidido a continuar con su madre la piadosa mentira que la hacía vivir en un mundo de ilusiones.

Al llegar al pueblo, se encontró con un antiguo amigo de su padre. Era un anciano y pundonoroso militar, que enterado de lo que le había sucedido al joven no reparó en

prestarle el auxilio moral y material que necesitase.

—¡Dichosos los ojos que le ven a usted de regreso! — exclamó el coronel, abrazándole.

—¡Desgraciadamente me verán muy poco por aquí! — repuso tristemente el joven —.

Comprendió el coronel la pena que embargaba en aquellos momentos al muchacho y le animó, diciéndole:

—¡No hay que entregarse a la adversidad, joven!... ¡Ningún Sanderson se ha acobardado nunca!... Si en algo puedo servirle, no dude en pedírmelo.

—¡Gracias, coronel! — contestó emocionado César, por el generoso ofrecimiento —. ¡Veo que quien fué gran amigo de mi padre lo es tan bien mío! —. Y estrechando la mano que le ofrecía el coronel se despidió de él y marchó a su casa, donde su madre, avisada de su llegada esperaba anhelante el momento de estrecharlo entre sus brazos.

Pasado el primer momento de efusión, la anciana le preguntó:

—¡Doy gracias a Dios por haberte protegido en todas tus empresas!

—¡Ha sido una cosa grande, mamá! — exclamó Sanderson, ocultando toda la verdad —. ¡No puedes imaginarte como corrió "Boy"!... ¡No hemos tenido temporada como

esta!... ¡No hay nada que haga cambiar nuestra suerte!

Y entre la anciana y su hijo se desarrolló una de aquellas sentimentales escenas que tan acostumbrada estaba a ver Isabel.

Para que su madre pudiese hacer aquel viaje del que dependía, tal vez, el que no quedase ciega para siempre, César tuvo que pedir dinero sobre lo poco que se lo podían dar, que era su caballo "Kentucky Boy".

La persona que eligió para pedirle el préstamo fué el padre de Isabel, a quien le contó toda su odisea y finalmente le dijo:

—Ahora no tengo otro medio que este, para que mi pobre madre pueda salir esta misma tarde para Atlanta.

—Cuento usted con la cantidad que me pida—respondió el padre de Isabel, después de haberlo pensado un rato—. Le advierto amigo Sanderson, que yo no le doy a usted dinero tanto por lo que vale su caballo como porque considero hipotecado, además, su honor.

El padre de Isabel, era un hombre que había hecho todo su capital a fuerza de prestar dinero, siempre a un tanto por ciento bastante elevado. Bien es verdad que la influencia que sobre él ejercía su hija había cambiado por completo su modo de obrar y la usura no llegó nunca a realizarse, desde que Isabel tuvo uso de razón.



— ¿Ha olvidado usted que me prometió dar un paseo?

—Doy a usted las gracias por su desprendimiento y por la confianza que deposita en mí, a la que sabré corresponder, señor Matthews.

Cuando hubo salido, el padre de Isabel se arrepintió de su generoso impulso y exclamó:

—Me parece que he obrado de ligero confiando en ese muchacho.

—Yo creo que puedes confiar en él, papá —exclamó la muchacha, defendiendo al hombre amado, y se preparó para salir. En aquel

instante apareció Eduardo Harkness y le dijo extrañado de verla en disposición de salir:

—¡Cómo, señorita Matthews!... ¿Ha olvidado usted que me prometió dar un paseo conmigo, a caballo, esta tarde?

Desde hacía tiempo, a despecho de la joven, Harkness venía haciéndole el amor y ella que sentía hacia aquel hombre una extraña e inexplicable prevención, hacía todo lo posible por demostrarle lo poco grata que le era su compañía y le contestó, sin mirarlo siquiera:

—¡Perdóname, Harkness; pero la señora Sanderson se va de viaje y quiero ayudarla y despedirla!

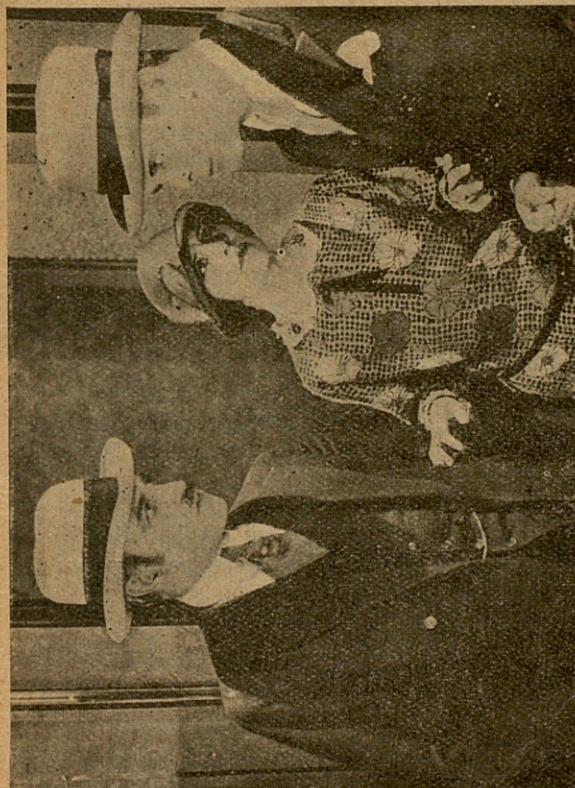
Harkness la vió salir y volviéndose hacia su padre le dijo :

—Es extraño que la señora Sanderson salga de viaje, cuando según me han dicho están casi en la ruina.

—Quite usted el casi y acertará, amigo Harkness—respondió el señor Matthews—. El dinero se lo he prestado yo sobre su caballo “Kentucky Boy”.

—¡Ha dado usted dinero sobre ese caballo!—exclamó Harkness—. Pues sepa usted que ha sido engañado. Ese caballo no vale nada y no volverá a correr nunca.

—Realmente, no ha sido por el caballo por lo que le he prestado el dinero. Llevo cuarenta años prestando más por las personas



Hacía todo lo posible para demostrarle lo poco grata que le era su compañía.

que por las cosas, y nunca he tenido que arrepentirme—contestó el padre de Isabel—. Claro que con este sistema algunas veces me ha costado algo más trabajo y más tiempo cobrar, pero yo nada he salido perdiendo tampoco, pues mis acreedores han pagado la demora...

Harkness estaba seguro de que Isabel amaba a César y queriendo reducir a su rival pensó en que nada sería mejor que en tenerlo en sus manos cogido por aquella deuda, que era más moral que material y le propuso a Matthews:

—Pues si algún día le urge el cobro de ese crédito, yo no tendría inconveniente en hacerme cargo de él y ya liquidaría yo con Sanderson.

Pensaba aquel miserable que una vez teniendo preso en sus redes a su rival, Isabel, por salvarlo no dudaría en sacrificarse por él, hasta el extremo de acceder a ser su esposa, antes que permitir la ruina de César.

---

## ¡PRONTO! ¡PRONTO!

La famosa obra que ha dado la  
vuelta triunfal al mundo entero

### *Don Quijote de la Mancha*

## SEGUNDA PARTE

Por consideración a “Mamá Sanderson” los acreedores de César no tomaron posesión de la casa hasta que aquella se hubo marchado. Pero en cuanto salió cayeron como buitres sobre todo lo que quedaba en la casa y César, acompañado de Isabel, contemplaba como aquellos hombres iban haciendo desaparecer todos los objetos tan queridos para él. Sin embargo, César no se desanimó por aquello y le dijo a Isabel, mostrándole como habían dejado los acreedores la casa:

—¡Hay que ver como son estos usureros!... ¡No han dejado más que los clavos!... Ahora he de ver como arreglo yo todo satisfactoriamente antes de que regrese mi madre.

Durante varias semanas César vivió consagrado a cuidar y a preparar a su caballo “Kentucky Boy” para ver si lograba hacer que volviese a ser lo que siempre había sido. Tenía la seguridad de que aquel animal que

tantas victorias había alcanzado, volvería a ser el invencible y con una paciencia y con una fe extraordinaria lo cuidaba como si fuese su hijo.

Ayudábale en estas operaciones su fiel criado, que no había querido separarse de él y gracias a una embrocación el animal iba poco a poco adquiriendo en la pata enferma la agilidad que había perdido.

Todos los días le hacía correr un poco y cada vez la carrera que resistía sin cojear era mayor.

Como entré pillos la amistad dura poco, la de Harkness y "Malas artes" no fué tampoco muy duradera. Este en un momento de despecho se acusó de haber sido el culpable del incidente ocurrido al caballo de Sanderson y el juez de pista, enmendó su equivocación, extendiendo un documento para rehabilitar a César, que decía:

**COMISARIA DE CARRERAS  
DEL ESTADO DE KENTUCKY**

Esta Junta de Gobierno, en vista de las pruebas aportadas y de la confesión del culpable, Emilio Burtón, (alias) "Malas artes", retira la descalificación que pesaba sobre César Sanderson, el cual entra de nuevo a gozar de todos los beneficios y privilegios del Jockey Club de Kentucky.

Guillermo Marín

Cuando Isabel se enteró de esta noticia, no pudo reprimir su gozo y abrazándose a César exclamó:

—¡Cuánto me alegro! Pero yo nunca dudé de tu buena fe y de que habías sido víctima de una intriga.

**II ACONTECIMIENTO !!**

**LAS GRANDES NOVELAS  
DE LA PANTALLA**

(La Primera de las Novelas Cinematográficas)

publicó en el presente mes la adaptación literaria de la famosa novela

***Jaque a la Reina***

Asunto de máximo interés y honda emoción, de la época del Imperio ruso

**PRECIO  
1'50 pts.**

Pedidos a —  
Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona

## TERCERA PARTE

Aquella rehabilitación de Sanderson produjo en Harkness, el mal efecto que puede suponerse, pero la casualidad vino en su auxilio en forma del señor Matthews, que le dijo:

—Señor Harkness, no sabe lo que le agradecería que se hiciese usted cargo de la deuda de Sanderson.

—Acepto el encargo, pero con la condición de que Isabel no sepa nada, pues, tal vez, interpretara mal las razones que tengo para hacerme cargo de la deuda de Sanderson.

El prestamista creyó que aquello era un rasgo de modestia de su amigo y exclamó:

—Esté usted tranquilo nada le diré, puesto que ese deseo suyo da mayor valor a su generosidad.

Cuando César e Isabel celebraban la noticia de su rehabilitación, diciéndose el inmenso amor que sentían sus corazones, fue-

ron interrumpidos por el portador de un telegrama que decía:

“César Sanderson. Tratamiento su madre ha tenido completo éxito. Mañana sale para esa. Cuídela mucho y que no se quite las vendas de los ojos hasta pasado unos días.

Doctor Ware”.

—¡Es una gran noticia!—exclamó César, cuando leyó el despacho a su novia—. Pero yo no esperaba tan pronto a mi madre... Me ha cogido desprevenido y si llega a enterarse de que la casa ya no es suya, se morirá del dispuesto.

La felicidad que unos minutos antes inundara el alma de los dos jóvenes se nubló repentinamente, hasta que Isabel creyó encontrar el medio de salir del apuro y le dijo:

—¡Tengo una idea!

—Tú dirás.

—¿Te acuerdas de la antigua casa de tú tío Juan?

—Nunca la olvidaré, en ella pasé los primeros años de mi vida—repuso Sanderson.

—Está desocupada todavía—continuó diciendo la muchacha—. Es casi como la vuesta y yo creo que arreglándola tu madre no hallaría la diferencia.

—¡Has tenido una idea admirable y voy a ponerla en práctica.

En efecto, al día siguiente manos amigas convirtieron la vieja casa en un hogar con-

- fortable y muy parecido al que dejara la señora Sanderson al partir...

Los dos jóvenes parecían que estaban arreglando su nido de amor, pues tal era la alegría que experimentaban ante la idea de que la buena anciana no sospechara el cambio.

Llegó por fin ésta, pero al entrar se extrañó de su torpeza, diciendo:

—¡Qué raro!... ¡He dado un tropezón! Creí que conocía mejor la entrada de mi casa!

Isabel quiso desviar la conversación para evitar una explicación, que podría delatar la susperchería y le dijo:

—Permitame que sea la primera persona extraña a la familia que dé a usted la bienvenida, "Mamá Sanderson".

—Bien sabes tú que no es así, picarona— le dijo cariñosamente la señora Sanderson, al oír la voz de la muchacha—. Tú eres para mí casi una hija, aunque espero que dentro de poco lo seas del todo.

Fué la joven a ayudarla para que entrara, pero la anciana la rehusó, diciéndole:

—No, no necesito ayuda... Ya se andar bien por aquí.

Pero un nuevo tropezón volvió a hacerla dudar y pensó interiormente:

Algo debe haber pasado y César no quiere que yo lo sepa, porque estoy segura



—No, no necesito ayuda... Ya se andar bien por aquí.

de que esta no es mi casa... ¡Pobre hijo mío, su bondad es más grande aun que su alma!

Y pensando en el hijo amado se durmió aquella noche, pensando en que al día siguiente ella descubriría la verdadera causa de aquel cambio.

Al día siguiente, que era la víspera de la carrera, César Sanderson dispuso para las primeras horas de la mañana, una prueba de "Boy" en la pista de entrenar del pueblo.

El caballo estaba del todo bien y César, cuando hubo montado su "jockey" le dijo:

—¡Apriétale de verdad!... ¡Qué dé de sí todo lo que pueda!

Así lo hizo éste y cuando terminó de correr Sanderson, sin poder dominar la emoción que le embargaba en aquel instante, se abrazó al animal, a la vez que le decía a su jinete:

—¡Esto más que prueba ha sido un verdadero "record"!

Y entre los que presenciaban las pruebas de entrenamiento corrió rápidamente la noticia de que "Kentucky Boy" había hecho una prueba asombrosa.

---

*Selección de BIBLIOTECA FILMS*

---

Acaba de publicar la más grande novela que se ha adaptado a la pantalla

## B E N - H U R

y que ha consagrado al joven actor

**RAMON NOVARRO**

**50 cts.**

Solicite ejemplares antes que se agoten a  
BIBLIOTECA FILMS, Apartd. 707. Barcelona

## CUARTA PARTE

Harkness no permanecía tampoco inactivo, sino que al comprender que la carrera del día siguiente sería favorable para Sanderson, hizo que el juez embargara el caballo de aquél, valiéndose para ello de la deuda que César tenía contraída con el padre de Isabel. Pero éste se enteró a tiempo de la mala jugada que le pensaban hacer al muchacho y se lo advirtió diciéndole:

—Harkness se ha hecho cargo de su crédito sobre "Kentucky Boy" y ha pedido al juez que embargue el caballo. Ocúltelo, hasta que pase la carrera.

—No se apure usted—contestó César tranquilamente—. En ninguna parte estará más seguro que en la propia casa... Déjeme usted a mí... Tengo mucha costumbre de tratar con jueces.

Segundos después se presentaba el juez y César exclamó al verle, como quien recibe una nueva agradabilísima.

—¿Qué tal señor, señor juez?... Ya tenía yo ganas de verlo. Viene usted como amigo o como autoridad.

—Vengo como juez—exclamó el otro.

—¡Conque la autoridad por aquí!... ¿Qué la trae a la autoridad a esta casa?

—Vengo a embargarle a usted el caballo.

César ya había preparado todo convenientemente para despistar al juez, se oyó un relincho en aquel momento, Sanderson intentó levantarse, pero el juez lo detuvo, diciéndole:

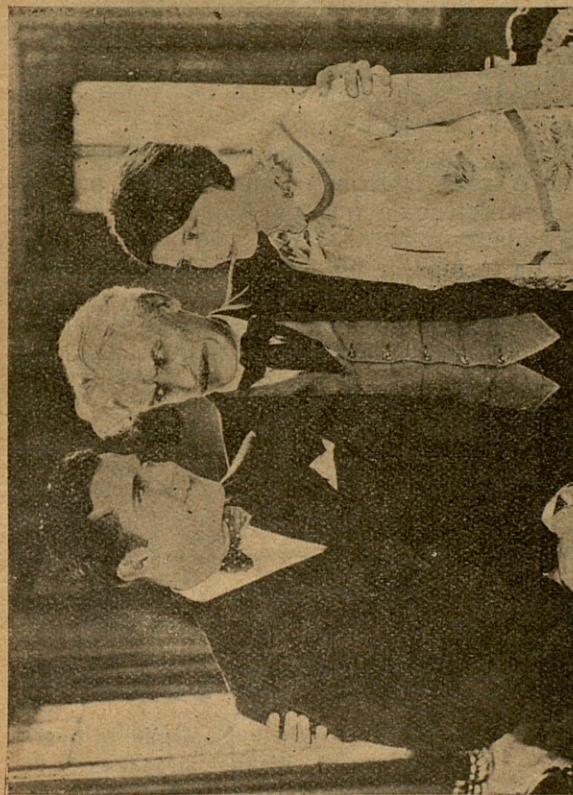
—No se moleste en salir. Yo iré a la cuadra y no me separaré de allí, hasta que se haya pagado lo que se deba y para mayor seguridad no pienso apartarme de la puerta de la cuadra hasta que se haya terminado la carrera.

Llegó el momento tan angustiosamente esperado por muchos para dar principio a la gran carrera y hasta entonces "Boy" quedó escondido en un lugar separado.

Pero cuando llegó el momento definitivo también él se hallaba colocado en la pista.

Dió comienzo la carrera y el noble animal, como si quisiera resarcir a su amo de todas sus anteriores y desgraciadas actuaciones, no tardó en dejar a tras a todos los que corrían y consiguió entrar el primero en la meta de llegada.

Por la acción del juez, dedujo César que



Dos corazones enamorados pudieron labrar la dicha de una pobre anciana.

Harkness tenía indudablemente algo que ver con la lesión que se le produjo al caballo. Y sin detenerse a pensar su acción le dió una somanta de palos, llevándole hasta donde estaba el juez, y le dijo:

Este hombre a confesado que pagaba a otros para hacerme a mi fracasar, por lo tanto deténgale que yo formalizaré la demanda.

La fortuna de los Sanderson había quedado ha salvo y con ella pudieron, además, dos corazones enamorados labrar la dicha de una pobre anciana que había puesto en esta unión toda su ilusión.

FIN

PROXIMO NUMERO

## Los Maestros Cantores

Bonita novela buf., según la ópera del inmortal Wagner, genial éxito de

**Valentín Harlan**

Postal: MARY PICKFORD

## Biblioteca Films

Y

## Films de Amor

en su deseo de corresponder al favor que les dispensa su numeroso público, hacen un esfuerzo, y regalan a sus lectores un cupón equivalente al 25 por 100 de la entrada de preferencia para los principales cinemas de

Barcelona



**No deje de comprar cada semana las dos novelas**

## GRAN SELECCIÓN DE Biblioteca Films

50 céntimos

TÍTULO	PROTAGONISTA
La Rosa de Flandes .....	R. Meller
La Breeha del Infierno .....	C. Vernades
Koenigsmark .....	J. Catelain
En las ruinas de Reims .....	Frank Mayo
Los dos pilletes .....	J. Fores-L. Shaw
Como D. Juan de Serrallonga...	Fay Compton
Conciencia contra ley .....	M. Vargoni
El lobo de París .....	H. Baudin
El Abuelo .....	M. Ribas
El bien perdido .....	Alice Joyce
La madre de todos .....	Mary Carr
Ronda de noche .....	R. Meller
El último correo .....	Vera Reynolds
Ropa Vieja .....	Chiquilín
La prueba del fuego .....	Ronald Coman
Varieté o Aguilas humanas .....	Lya de Putti
Una gran señora .....	N. Talmadge
Los hijos del trabajo .....	J. Nieto
Metrópolis .....	B. Helm
Bodas sangrientas .....	M. Jacobini

SOLICITAMOS CORRESPONSALES

ENVIAMOS CATÁLOGOS GRATIS

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

**Biblioteca Films-Apartado 707, Barcelona**

LOS GRANDES EXITOS DE  
BIBLIOTECA FILMS

## LA PEQUEÑA VENDEDORA

Deliciosa novela en que se demuestran los ímpetus del primer amor de la juventud; es una historia de amor real. Gran creación de la bella muñeca del mundo

**Mary Pickford**

PRECIO POPULAR: **50 CENTIMOS**

## Almanaque Biblioteca Films

**1928**

Que todos los aficionados  
al séptimo arte leerán.

**UNA peseta**

Si no las encuentra en su localidad, pídalas hoy mismo, remitiendo su importe en sellos de Correos, y cinco cts. para el certificado a  
**Biblioteca Films, Apartado 707, Barcelona**